





# LA REVUELTA DE LOS COMEDIANTES



Josemaría Carreras Guixé

LA REVUELTA DE  
LOS COMEDIANTES



Primera edición: diciembre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Josemaría Carreras Guixé

ISBN: 978-84-17548-72-8

ISBN digital: 978-84-17548-73-5

Depósito legal: M-38084-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A todos los culpables de mi pasión por las historias*



## ÍNDICE

Capítulo 1 La señal.....	11
Capítulo 2 En la venta de Antonio.....	17
Capítulo 3 En el camino.....	23
Capítulo 4 Suposiciones.....	29
Capítulo 5 El río.....	35
Capítulo 6 Un viejo conocido.....	41
Capítulo 7 Don Francisco.....	47
Capítulo 8 La verdad sobre Alejandro.....	53
Capítulo 9 Las pruebas.....	59
Capítulo 10 El castillo de Montalvo.....	65
Capítulo 11 Invierno.....	71
Capítulo 12 Entre proscritos.....	77
Capítulo 13 Fonfría.....	83
Capítulo 14 La fama.....	89
Capítulo 15 Dudas e inquietudes.....	95
Capítulo 16 Vigilados.....	101
Capítulo 17 Hambre y canciones.....	107
Capítulo 18 Inés.....	113
Capítulo 19 Soldados de Enrique.....	121
Capítulo 20 Noticias del reino.....	127
Capítulo 21 Una extraña invitación.....	133
Capítulo 22 Valforte del Rey.....	139
Capítulo 23 Un brindis audaz.....	145
Capítulo 24 El embajador del rey Carlos.....	153
Capítulo 25 El príncipe Guillermo.....	159
Capítulo 26 La primera batalla de Alejandro.....	167
Epílogo.....	173



## Capítulo 1

### La señal

Los muchachos de la aldea jugaban con espadas y palos de madera bajo el sol de un sofocante mes de agosto. Muy cerca, convencido de que nadie se fijaba en su presencia, estaba sentado un hombre solitario que los miraba distraído. A la sombra de un roble centenario, sin ocupación aparente, pensaba en su propia vida. De niño también él había participado en esas batallas infantiles, venciendo casi siempre. Más tarde, aquello había dejado de ser un juego y había llegado a marchar con armas de verdad con las tropas del rey Alfonso. Incluso habría podido llegar a hacerse un nombre entre los soldados; quién sabe si con el tiempo le habrían nombrado caballero. Pero el monarca había muerto demasiado temprano y Enrique, su primo, que había ocupado el trono, no se estaba mostrando digno de su predecesor.

Poco después de ser coronado, anunció que había firmado la paz con el vecino rey Carlos, aquel maldito traidor, y así había cambiado de pronto, como la de muchos otros, la suerte del hombre que miraba distraído los juegos de los muchachos, sentado a la sombra de un roble. Más que un tratado de paz, aquello había sido una claudicación, o al menos una ofensa a la memoria del rey Alfonso. Eso es lo que pensaba aquel hombre, que todavía no había abandonado la juventud, pero que con esa paz se había visto obligado a conformarse malviviendo como un mercenario. Afortunadamente, había encontrado a un caballero digno de tal

nombre que le había acogido a su servicio. Don Juan le había cedido una pequeña parcela, con una casita en la que vivir, el roble que le daba sombra y un trozo de tierra que fingía cultivar para pasar desapercibido mientras se dedicaba a las comisiones secretas que su señor le encomendaba.

Sin embargo, ahora también don Juan había dejado este mundo. Se había caído de un condenado caballo y el golpe había sido mortal para el pobre anciano. Su heredero, don Felipe, era un hombre de buena voluntad. Pero era joven y de ánimo demasiado débil y, a juicio del mercenario, estaba lejos de demostrar en su gobierno la audacia que había hecho famosos a sus ancestros. Por ejemplo, en los dos años que habían transcurrido desde que tomara posesión de la herencia, por lo menos cuatro veces había preferido ceder a los chantajes, pagando enormes cantidades de oro, antes que recurrir a la ayuda del capaz servidor que había merecido toda la confianza de su padre. El antiguo soldado lo sabía bien, porque tenía informadores fiables que le mantenían al corriente. Pero don Felipe parecía haberse olvidado de él, proporcionándole sufrimientos no despreciables, dado que su subsistencia dependía en gran medida de las tareas que su señor tuviese a bien confiarle. Si no encontraba pronto alguna ocupación para él, no tardaría en empezar a pasar hambre... Una vez más.

Su sentido de la lealtad le impedía buscar un nuevo amo al que servir, como habrían hecho tantos otros, a los que consideraba unos vulgares mercenarios. De todas formas, aunque no hubiera existido ese obstáculo, no había muchos señores en quienes se hubiera atrevido a confiar, y los pocos que le venían a la mente vivían todos demasiado lejos de allí o habían sido desterrados en los primeros años del reinado de Enrique, el primo del difunto Alfonso. Por eso, el antiguo soldado seguía sentado a la sombra de su roble gigantesco, mirando distraído a los muchachos que se atizaban con armas de madera. Él había empezado así y ahora se veía atrapado, al servicio de un señor que no parecía querer nada de él.

Entonces apareció por el camino, desde detrás de los niños, un carro de campesino que llevaba en alto una bandera roja. Se alejó hacia el bosque y poco después regresó, como si el hombre que lo guiaba se hubiera olvidado algo antes de salir de la aldea. Hasta el más estúpido principiante habría podido darse cuenta de que aquello era una señal, pero solo el fingido campesino sabía a quién iba destinada, y cuál era su significado: era para él mismo y quería decir que su señor deseaba verle en el lugar acostumbrado y a la hora de siempre, es decir, a medianoche.

Don Felipe no habría podido escoger una noche más adecuada para encomendarle la primera misión. La temperatura templada, la brisa ligera y el silencio casi absoluto que reinaba en el bosque favorecían considerablemente los propósitos del antiguo soldado que había sido citado por su señor, y que esperaba en el lugar desde unas tres horas antes del momento convenido.

A uno que tuviera menos experiencia quizás le hubiera parecido exagerado que llegase con tanta antelación. Él mismo, pocos años antes, habría juzgado que borrar sus huellas y esperar a su mandante escondido entre los arbustos no era más que una manía propia de hombres aprensivos y, quizás, de cobardes. Sin embargo, había aprendido a tomar siempre más precauciones de las que parecían necesarias, y esa costumbre le había salvado la vida en dos o tres ocasiones; en muchas otras, le había permitido cumplir con éxito su misión y embolsarse la recompensa correspondiente, que de otro modo se le hubiera escapado de las manos.

En este caso, parte de su cautela consistía en observar a su señor antes de que don Felipe le viera a él. Era la primera vez que se veían desde que estaba a su servicio y, antes de aceptar su misión, quería tener claro de qué clase era el hombre por el que podía llegar a jugarse la vida.

Era casi medianoche, cuando una voz autoritaria deshizo el silencio:

—¿Estás seguro de que es por aquí? ¿A quién se le ocurre escoger un lugar tan apartado para estas cosas? Te juro que, si me has hecho caminar en vano en medio de la noche, no lo pasaré por alto... Hay que reconocer que el lugar es tranquilo, pero estoy seguro de que si hubiéramos venido de día habríamos encontrado la forma de cruzar ese arroyo sin mojarnos.

Con solo escuchar un poco de las quejas y amenazas que profería su señor a medida que se iba acercando, el servidor que esperaba comprendió con claridad dos detalles: el primero, que don Felipe era sumamente inexperto, puesto que de lo contrario habría llegado bastante más tarde de la hora señalada, como solían hacer los nobles que sabían hacerse respetar; el segundo, que su señor tenía miedo, quizás porque se encontraba en una situación nueva, que escapaba completamente a su control, y por eso no dejaba de hablar con una voz que delataba su presencia mucho antes de que se acercara a un lugar. El lacayo que le acompañaba mostraba mucho más tino, pues ni siquiera se habían oído las respuestas que intercalaba entre las quejas de su señor.

Cuando los vio acercarse, el hombre que estaba a la espera supo que en realidad eran dos los criados que acompañaban a don Felipe. Les conocía, pues habían servido a don Juan antes de que falleciera. Los dos sabían cuál era el lugar exacto para ese tipo de encuentros, de modo que uno solo habría bastado para hacer de guía. Definitivamente, su señor tenía miedo, pero ¿de quién?

Mientras su mandante se acercaba con uno de sus criados delante y el otro detrás, el antiguo soldado trató de pensar en el modo de averiguar qué era lo que preocupaba a don Felipe. Al final, los tres hombres se detuvieron al pie de un haya gigantesca, señalada con tres rallas marcadas con un cuchillo. Les dejó esperar un poco, por si decían algo que le fuera de ayuda, pero los criados no hablaban y ahora el señor tampoco: se limitaba a mirar nerviosamente a un lado y a otro.

Finalmente, aprovechó un momento en que ninguno de los tres miraba en su dirección para deslizarse en silencio entre las

sombras y acercarse luego desde otro punto, con paso firme y despreocupado, como si hubiera aparecido allí en medio llegando de la nada. Los criados estaban acostumbrados, pero don Felipe se llevó la mano a la empuñadura de la espada. Luego intentó disimular ese miedo con una exagerada jovialidad.

—¡Por fin! —exclamó, adelantándose para evitar que su servidor se arrodillara—. Tú no eres un plebeyo cualquiera. Tú, querido Rodrigo, eres un amigo leal, como decía mi padre en su testamento.

Rodrigo recibió aquellas palabras con una reverencia que expresaba agradecimiento, y al mismo tiempo le permitía ocultar el fastidio que sentía al oír pronunciar en voz alta un nombre que tanto le costaba mantener en secreto. Luego, con una sonrisa complaciente, dijo:

—Me siento enormemente honrado por las palabras de mi señor y, como sé que conoce perfectamente las necesidades de los de mi gremio, me atrevo a rogar que mi nombre permanezca silenciado mientras estemos a campo abierto.

—Tienes razón. Hay asuntos que es preciso tratar con todas las cautelas posibles, aunque parezcan extremadamente exageradas. Al fin y al cabo, tampoco voy a pedirte nada que no puedas llevar a cabo en pocos días... O a lo mejor en una o dos semanas. Será un simple viaje de ida y vuelta. Pero al terminar me habrás prestado un gran servicio, y la recompensa será proporcionada. Huelga decir que no viajarás solo, puesto que se trata de que sirvas a alguien de guía y protección. Por ahora no puedo darte más detalles; los sabrás mañana, al amanecer. Ya sabes que lo más importante es que esto quede en secreto.

Rodrigo no pudo evitar que se le pasara por la mente que cualquier enemigo que hubiese estado escuchando habría oído detalles suficientes para organizar emboscadas y rastreos hasta el punto de hacer del todo imposible ese viaje. Ahora no quedaba más remedio que confiar en que el lugar seguía siendo tan secreto como había sido siempre, aunque posiblemente convendría buscar

un nuevo sitio, cuando su señor hubiese aprendido la virtud de la discreción.

—No lo olvidaré nunca —dijo Rodrigo, decidido a dar una muestra de cómo se debía hablar de los asuntos secretos—. Si he comprendido bien, pronto encontraré lo que busco donde siempre lo encuentro.

Don Felipe puso cara de gran extrañeza, pues no había entendido nada, y miró al criado que tenía a su izquierda. Al ver que éste asentía, indicándole que lo que había dicho Rodrigo no era un sinsentido, también él hizo un gesto de conformidad y añadió:

—Ahora debemos separarnos.

Rodrigo saludó con una reverencia y se marchó a paso ligero hacia las profundidades del bosque. Cuando se hubo alejado un trecho, escaló ágilmente un árbol y se escondió entre sus ramas, para espiar a su espalda, por si a don Felipe o a alguno de los dos criados se le ocurría seguirle, pero ni siquiera lo intentaron. Seguramente, los dos criados habían persuadido a su señor de que no merecía la pena, y podía ser que estuvieran tratando de enseñarle a hablar sin revelar nada a los oídos ajenos.

## Capítulo 2

### En la venta de Antonio

Al atardecer, y hasta altas horas de la noche, la venta de Antonio era el principal punto de encuentro para los campesinos y los habitantes de la aldea. Allí corría la cerveza y circulaban los rumores y las últimas noticias. Había ruido y con frecuencia se desataban peleas de borrachos, hasta que Antonio, el dueño, intervenía con los golpes de su vara para echar a la calle a los alborotadores.

Rodrigo era uno de los espectadores más asiduos de esta clase de altercados. Solía sentarse en un rincón sombrío, al que no llegaba la luz del fuego que se encendía en el centro de la sala. Esas trifulcas no le parecían demasiado diferentes a las batallas que organizaban los niños en el campo, delante de su casa. Al menos, los pequeños sabían que lo suyo no era más que un juego; además, algunos de ellos tenían más destreza que los adultos tanto con las armas como con los puños.

Quizás el propio Antonio fuera la excepción. Era un anciano decrepito, pero cuando montaba en cólera era capaz de manejar su vara con la fuerza de un guerrero vikingo. El viejo apreciaba a Rodrigo, porque era uno de sus mejores clientes: acudía con frecuencia, siempre pagaba su cerveza y nunca daba problemas. Por eso, siempre que el antiguo soldado le pedía posada, se la concedía sin pedir a cambio ningún pago.

Si Antonio hubiera sido curioso, enseguida habría sospechado que Rodrigo no era un verdadero campesino, y su perspicacia le

habría permitido formular conjeturas no demasiado alejadas de la realidad. Por eso, si Antonio hubiera sido curioso, Rodrigo no habría sido uno de los clientes más habituales de su venta. Si seguía apareciendo por allí, era porque sabía que podía fiarse de su anfitrión.

Aquella noche de agosto, Rodrigo llegó a una hora bastante avanzada, bien pasada la medianoche. Ayudó a Antonio a echar a patadas a tres borrachos que habían intentado comenzar una pelea y luego se retiró a su rincón sin ser notado por nadie. Al poco rato, el viejo le trajo su jarra de cerveza y Rodrigo le hizo un gesto para que se sentara a conversar con él.

—Vengo enseguida —dijo Antonio, en voz baja. Fue a buscar su vara; mientras volvía, se detuvo un momento para amenazar a un grupo de viajeros que jugaban a los dados y que habían empezado a dar voces; luego hizo como que se paseaba por la sala y, cuando se aseguró de que ya nadie le prestaba atención, se sentó a la mesa con Rodrigo.

—Esta vez tengo que pedirte un favor de los grandes.

Antonio le interrogó con la mirada, sin decir nada.

—Necesito que me vendas el carro y los dos caballos de tiro.

—No sé si los necesitaré... Puedo prestártelos por un mes.

—No. No estoy seguro de poder devolverlos a tiempo. Pero, en un mes, el carpintero te fabrica un carro mejor que el que tienes y, con el resto del dinero, también podrás comprar dos buenos caballos.

—De acuerdo —concedió Antonio, después de pensarlo un momento— ¿Duermes aquí esta noche?

—Sí. Al amanecer vendrán a buscarme. ¿Te bastan cinco doblones de cobre?

—¿Por el carro y los caballos? Me bastarán tres.

Antonio se levantó y dejó al huésped en su rincón. Rodrigo esperó a que se fuera vaciando la sala. Luego, se retiró a la alcoba de siempre para dormir unas horas, no muchas; el amanecer lo encontró ya despierto, de nuevo en la misma esquina, reflexionando

sobre la tarea que estaba a punto de emprender, aunque lo que sabía sobre el asunto no le bastaba para hacer planes.

En la sala no había ningún huésped, además del propio Rodrigo. La venta no era un lugar donde pudiera encontrarse a los viajeros a aquellas horas: algunos dormían y otros ya habían partido. Antonio barría con parsimonia, mientras una brisa suave entraba por las ventanas abiertas y poco a poco iba disipando los olores que habían quedado flotando en el aire desde la noche anterior. La luz del sol empezó a inundar el lugar y desde la calle llegaron las voces de los campesinos más madrugadores, que ya se dirigían a trabajar las tierras de don Felipe.

El gemido de la puerta que se abrió interrumpió la tranquilidad. Rodrigo alzó la mirada y vio a un muchacho que saludaba tímidamente a Antonio. No era la primera vez que veía al niño, uno de los que solían capitanear las batallas que se libraban junto a su casa y, además, uno de los que luchaban con más arrojo. Observándole, se le había ocurrido más de una vez que el jovencito podría llegar a convertirse en un soldado formidable, si por una extraña fortuna alguien llegara a enseñarle cómo manejar las armas. Aunque no fuese hijo de ninguno de los potentados del lugar, en esos juegos era el rey, y todos confiaban en sus mandatos y le obedecían.

Al verle hablar con Antonio, Rodrigo cayó en la cuenta de que ni siquiera sabía quiénes eran los padres de ese chico. Solo por haberle visto jugar en el campo tenía la impresión de conocerle bien, pero en realidad no sabía nada de él.

El muchacho intercambió unas palabras en voz muy baja con el dueño de la venta. Antonio señaló el rincón donde estaba sentado su huésped y, cuando lo vio acercarse, la curiosidad de Rodrigo se hizo todavía más intensa.

—Te traigo un mensaje —dijo el chico, tendiéndole un pequeño rollo de piel. Dentro, Rodrigo encontró dos documentos: un pergamino sellado, y otro que contenía un mensaje para él.

—¿Quién te envía? —preguntó Rodrigo, antes de empezar a leer.

—Rodolfo, el herrero.

—No sabe escribir —replicó el antiguo soldado, mientras desenrollaba el papel y lo acercaba a la luz que entraba por la ventana.

—No lo ha escrito él —contestó el muchacho, en un tono que dejaba claro que consideraba que la observación de Rodrigo había sido estúpida—. Se lo dio alguien ayer por la tarde, y luego me ordenó a mí que te lo trajera y que me marchara contigo. ¿A dónde vamos?

Rodrigo miró unos instantes a su joven interlocutor: así que ese era el chico a quién tenía que proteger y guiar. Pero el muchacho no parecía asustado; quizás un poco triste, ahora que se fijaba. Pero ¿acaso le iban a pagar para que cuidara de un mocoso? Para eso no le habrían citado en el bosque a medianoche. Quizás el mensaje escrito pudiera aclararle algo. Decía así:

*Don Felipe, dueño y señor del castillo y las tierras de Torralta, ruega a su amigo y servidor, que antes lo fuera de don Juan, padre del antedicho señor, a quien Dios tenga en su gloria, que guíe y proteja al mensajero que le haga entrega de este escrito, hasta dejarlo sano y salvo en la ciudad de Valforte del Rey, capital del reino, y más concretamente en el castillo del Honorabilísimo Señor don Luis de la Maza, a quien entregará el pergamino sellado que acompaña a la presente tal como lo ha recibido, sin abrirlo ni leerlo, bajo pena de grandes castigos. Cuando el destinatario de este documento haya cumplido tal ruego, suplicará al citado don Luis que añada su firma, la cual dará fe de la realización de la tarea y devolverá el escrito a su primer firmante, don Felipe quien, una vez recibido y comprobado que todo se ha cumplido según sus disposiciones, premiará los servicios con la suma de diez doblones de oro y con su generosa gratitud.*

Después de leerlo, el antiguo soldado enrolló de nuevo el documento y otra vez observó detenidamente al muchacho. Este, a su vez, se quedó mirándole a la espera de que dijera algo.

Diez doblones de oro era una fortuna. Esa cantidad le permitiría vivir tranquilo durante unos cuantos años. Mejor: podría pagar a unos campesinos que supieran sacar rendimiento a sus pequeñas tierras, y entonces ya nunca tendría que volver a preocuparse por su sustento. Quizás eso era señal de que la tarea podía no ser tan sencilla como parecía... Aun así, la llevaría a cabo costase lo que costase; no podía dejar escapar esa oportunidad. Pero ¿quién era ese muchacho, para que don Felipe estuviera dispuesto a pagar un precio tan alto por su protección?

—¿A dónde me vas a llevar? —preguntó el chico, interrumpiendo sus reflexiones.

—Te lo diré cuando nos hayamos alejado de aquí. Ven conmigo.

La venta tenía un establo al que se podía acceder desde dentro de la casa. En el establo, escondida, había una trampilla por la que se bajaba a un sótano secreto en el que Rodrigo guardaba sus armas y otros pertrechos que le servían a veces para las tareas que su señor le encomendaba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al muchacho, mientras descendían por la empinada escalera.

—Mi nombre es Alejandro.

—Sé que el herrero no tiene hijos. ¿Quién es tu padre, entonces?

—Soy huérfano. Nunca he sabido quiénes fueron mis padres, pero Rodolfo me dijo que estaban muertos. Él me ha cuidado desde que era muy pequeño. Siempre ha sido muy bueno conmigo.

—No me cuesta creerlo: es un buen hombre, además de un buen herrero. ¿Ves esta espada? Es obra suya, una verdadera joya.

El joven Alejandro sostuvo en sus manos el arma que Rodrigo había sacado de un baúl enorme y la contempló extasiado mientras Rodrigo seguía rebuscando entre sus cosas. Al poco rato, el antiguo soldado le mostró unas ropas y una peluca.

—Ponte esto —ordenó—. Tenemos que abandonar la aldea disfrazados, por si hay espías, para que no puedan reconocernos. Así nadie nos seguirá.

Rodrigo intentó dar a sus palabras un tono misterioso, confiando en que el muchacho se asustara y le obedeciera sin rechistar. También había considerado la posibilidad de que Alejandro fuera tan inconsciente como otros jovencitos, y que se ilusionara con la idea de vivir una aventura peligrosa. Sin embargo, lo que ocurrió fue lo último que jamás habría podido imaginarse.

—Esto no me lo pongo, aunque me maten —aseguró Alejandro, muy serio.

—Mira, se me ha encomendado que te saque de aquí sano y salvo. Y, si me han buscado a mí, es porque corres algún tipo de peligro. Así que haremos las cosas como yo diga, ¿entendido?

—No me obligarás a disfrazarme de niña, ¿entendido?

Justo antes de responder de malos modos a la réplica, Rodrigo cayó en la cuenta de cuál era el problema. Por un momento se quedó sin palabras. Desconcertado, durante unos segundos intentó pensar en el modo de obligar al muchacho a ponerse el disfraz sin armar un escándalo. Entonces, se le ocurrió algo que evitaría que empezaran el viaje con un enfrentamiento.

—De acuerdo. Si consigues demostrarme que eres capaz de andar, moverte y hablar como un anciano, te buscaré otro atuendo.

—¡Es muy fácil! —exclamó Alejandro, con una voz de viejo perfecta, y se puso a dar vueltas con la espalda encorvada y las rodillas temblando. Al mismo tiempo, movía los labios como si le faltara toda la dentadura y estuviera intentando evitar que se le cayeran las babas. Casi podía pasar por un verdadero anciano sin necesidad de ningún disfraz.

—¡Magnífico! —exclamó Rodrigo, riéndose.



## Capítulo 3

### En el camino

Poco después, los aldeanos vieron partir un carro cargado de leña cortada. Llevaba las riendas un campesino gordo y gruñón, y a su lado iba sentado un vejstorio harapiento que parecía haber perdido el juicio. Nadie les prestó atención, con lo que muy pronto se internaron en el bosque y quedaron ocultos a cualquier mirada.

El camino era ancho y estaba bien trazado, rodeando las ondulaciones del terreno para evitar las colinas demasiado pronunciadas. Las huellas de muchos carruajes y caballos indicaban que era una ruta transitada. Sin embargo, no era probable que a aquella hora se toparan con muchos viajeros: todo aquel que quería llegar a un lugar habitado antes del anochecer se había puesto en camino antes del alba, y los que se dirigieran a la ciudad no pasarían por allí hasta las últimas horas de la tarde.

Habían dejado atrás unas cuantas curvas, cuando el campesino grueso detuvo el carro y escuchó en silencio durante unos instantes. Luego guió a los caballos hacia la derecha, a una zona donde el bosque era poco espeso y por donde el carro podía avanzar entre los árboles, aunque fuera despacio.

Poco después, Rodrigo se quitó la camisa acolchada que le hacía parecer más gordo que un cuto listo para ser llevado al matadero y la tiró detrás, entre los troncos. Se apeó del carro con agilidad y volvió a pie hasta el camino, para borrar a conciencia las huellas que delataban la dirección que habían seguido.



—¿Sabes montar sin silla? —preguntó entonces al muchacho, mientras desenganchaba los caballos.

—Nunca he montado con silla.

Eso no significaba que Alejandro fuera un experto jinete, juzgó Rodrigo, sino que simplemente era capaz de mantenerse sobre el caballo mientras éste se movía. Ya era algo.

—Está bien —dijo—. De momento iremos a pie y dejaremos que los caballos lleven la mayor parte del peso.

Alejandro vio cómo su guía sacaba unas alforjas de debajo de los troncos y se las ponía a los caballos. Luego empezó a llenarlas de provisiones y completó la carga con unos bultos bastante voluminosos envueltos en telas viejas.

—¿Qué es eso? —preguntó el chico.

—Ojalá no tengas necesidad de comprobarlo —repuso Rodrigo, haciéndose el misterioso.

—¿Son armas?

—Muy listo. Sí, son armas: una espada, un arco, flechas y una lanza corta.

—¿Me enseñarás a usarlas? Así podré ayudarte si nos atacan...

—Si nos atacan, tendrás que mantenerte alejado de los golpes. Pero haré todo lo posible para que no nos ataquen. Sería más fácil si supiera quién puede querer hacerte daño. ¿Se te ocurre quién podría ser?

—Como no sea el imbécil de Jacinto... Pero ese no supone ningún peligro. ¡Ayer mismo le di una buena tunda!

—Entonces, resulta que tienes enemigos que desean tu muerte —dijo Rodrigo, que empezaba a perder la paciencia—, pero hasta ahora no lo sabías, y no tienes ni idea de quién puede ser. Eso lo hace todo más difícil.

Alejandro se quedó mirándole, sin comprender.

—Volvamos a empezar —siguió Rodrigo—. ¿Quién eres tú?

El chico seguía sin responder.

—Ahora recuerdo. Antes me has dicho que no sabías quiénes fueron tus padres... ¿Tampoco sabes por qué tienes que venir ahora conmigo?

—No —dijo Alejandro, casi sin voz.

Rodrigo cerró los ojos para concentrarse, intentando asimilar la situación. Cuando volvió a abrirlos, al cabo de unos segundos, el muchacho le daba la espalda.

—Vamos a ver... —comenzó de nuevo Rodrigo, pero se quedó cortado al darse cuenta de que el chico estaba llorando. De pronto no sabía qué hacer ni qué decir. Permaneció en silencio, mirando al chico, en espera de que pasara la crisis.

—¿Qué está pasando? —preguntó Alejandro, cuando consiguió controlar sus sollozos.

Rodrigo reflexionó unos segundos, antes de responder, procurando que su tono fuera suave y tranquilizador.

—No lo sé muy bien... Lo único que puedo decirte es que corres algún tipo de peligro, y que por eso se me ha pedido que te proteja. Como no sé quién te amenaza, me ha parecido que lo mejor es que viajemos en secreto y que nadie sepa dónde estamos hasta que termine el viaje.

—Entonces, ¿estaré a salvo cuando lleguemos?

—Eso no lo sé. Me gustaría decirte que sí, pero no sería la verdad. Lo cierto es que no estoy nada seguro de que allí tengas toda la protección...

—¿Lo dices por ese tal don Luis?

—Sí. Sé bastantes cosas sobre él... ¡Eh! ¡Un momento! ¿Quién te ha hablado de él? ¿Cómo sabes que vamos a su casa?

—Bueno... Es que pensaba que...

—Responde —dijo Rodrigo, recuperando su tono más autoritario.

—Lo he leído en el pergamino que te he entregado esta mañana.

—¿Qué?

Alejandro bajó la vista, avergonzado y asustado al mismo tiempo, y otra vez se puso a sollozar.

—Está bien —dijo Rodrigo, comprendiendo que no iba a servir de nada seguir agobiándole—. No pasa nada. Ahora sigamos. Tenemos que andar un buen trecho a través del bosque. Yo llevo un caballo y tú el otro. ¿Cuál te gusta más?

Alejandro fue recuperando la calma a medida que Rodrigo le iba explicando paso a paso lo que tenían que hacer a continuación. Dejó de sollozar, ayudó a atar la carga del segundo caballo y se puso en camino siguiendo los pasos de su guía.

Caminaron en silencio durante unas dos horas. De vez en cuando, Rodrigo echaba un vistazo al chico para ver cómo iba. Al principio tenía el rostro tenso y la mirada fija en el suelo, pero poco a poco su respiración se fue volviendo más regular y empezó a levantar la vista para contemplar las magníficas hayas que les rodeaban y para recibir en el rostro la frescura de la brisa que agitaba con suavidad las ramas llenas de hojas de un verde intenso y brillante.

—¿Tienes hambre? —preguntó Rodrigo, cuando vio al muchacho más relajado.

Alejandro negó con la cabeza.

—Anda, cómete una manzana —dijo de todos modos el antiguo soldado. Sacó una de su zurrón y se la dio.

—No, gracias —rechazó Alejandro.

—¡Venga! Te dará fuerzas. Todavía tenemos que caminar un buen trecho.

—Bueno —dijo el chico, cogiendo la manzana por fin. Empezó a comérsela despacio, con cierta timidez, pero después de tres o cuatro mordiscos se le abrió el apetito y terminó engulléndola como si llevara una semana en ayunas.

Poco después, llegaron a un claro y Rodrigo decidió que era un buen lugar para tomarse un descanso, aunque el ritmo que llevaban, hasta el momento, no había sido demasiado exigente.

—¿Con qué quieres practicar? —dijo, mientras ataba los caballos a un tronco.

—¿Me vas a enseñar? —exclamó Alejandro, olvidándose de pronto de todas sus penas.

—Sí. Si quieres, cuando descansemos, puedo darte algunas lecciones.

—Me encantaría saber manejar la espada.

—Lo suponía. Pero te advierto que no es tan sencillo como parece. Ya verás...

Rodrigo sacó la espada del equipaje. Estaba enfundada en una vaina de cuero con un tahalí negro. Se la colgó a Alejandro del hombro, de manera que la empuñadura le quedase a la altura del cinto. Sin embargo, el arma era demasiado grande y la punta tocaba el suelo.

—Tendrás que esperar a crecer un poco... Quizás dentro de un par de años podrás llevar una espada sin problemas. Ahora no podemos conseguir ninguna más corta. Pero no importa; de todos modos, puedes usarla para aprender. ¡Venga, desenvaina!

Alejandro echó mano a la empuñadura, pero le costó mucho esfuerzo sacar la espada de su funda. Luego, apenas le daban las fuerzas para sostenerla en alto.

—¡Cuánto pesa! —se quejó, apoyando la punta en el suelo.

—¡Claro! ¿Qué te creías? Pero no te desanimes. Si te ejercitas, en unos días tendrás suficiente fuerza en los brazos. Si quieres, podemos cortar un par de ramas y practicar con ellas. Luego, te dejo la espada y haces los mismos movimientos, más despacio, para irte fortaleciendo.

Durante un rato, Rodrigo estuvo enseñando a Alejandro cómo parar los distintos ataques y estocadas y también unas cuantas formas de acometer a su adversario. Después, Alejandro empezó a practicar con la espada verdadera, pero a los pocos minutos se sintió completamente agotado.

—Bueno —dijo Rodrigo—, ya está bien por hoy. Ahora tenemos que ponernos otra vez en marcha.

—Muchas gracias —dijo Alejandro, cuando Rodrigo estaba volviendo a atar la espada entre los bultos que cargaba su caballo.

El antiguo soldado se dio la vuelta, miró al chico en silencio durante unos segundos y dijo:

—Hacía mucho que no me decían eso. Suena muy bien.

